



Entrevista

# “La literatura murió: bailamos sobre su tumba”

## V.N. Orijuela

Juan David Correa

Editor y escritor, juandacorrea2@gmail.com

*Es uno de los autores contemporáneos mencionados sin descanso para el premio Nobel de literatura. Ganador de decenas de premios en Europa central y en Asia, la suya es una obra que se pregunta por el fin de lo humano en tiempos en donde el capitalismo amenaza con cargarse todo un planeta.*

Terminó viviendo en Tiflis, la capital de Georgia, una de las ciudades más bellas de la ex Unión Soviética, por oposición a algo que venía pensando desde que, en 1989, justo cuando el mundo aventuró que había llegado el fin de la historia, él alcanzaba el reconocimiento internacional. De padre español, pero de familia austriaca, V.N. Orijuela raramente concede entrevistas. Sus libros son leídos por millones de personas alrededor del mundo. Varias de sus novelas han sido traducidas a una veintena de lenguas. Se le menciona todos los años para un premio que, según él “está sobrevalorado: es pura dinamita”.

Durante varias semanas intenté fijar una cita con Orijuela, mencionándole que viajaba desde Colombia para asistir a un festival que se organiza en los baños de calor Abanotubani y que, sin duda, es, después del festival de Parati, en Brasil, el más reputado del mundo.

Aunque al principio se mostró reacio de un encuentro, diciendo que cualquier mención a festivales y al *star system* de la literatura, “me tiene sin cuidado”, le mencioné que, en este momento, adelantaba la edición definitiva de la obra de Fernando Molano Vargas. Sabía, por dos personas que lo habían conocido en la inefable Bogotá de los años noventa, que se había cruzado con el autor de *Todas mis cosas en tus bolsillos* y *Vista desde una acera* y que había sido uno de

los primeros lectores de *Un beso de Dick*. “Nadie quiso leer de verdad a Fernando. Pasé unos meses en Bogotá, en la Universidad Pedagógica. Salvo la naturaleza, mi recuerdo de su país, para serle franco, es horrible”. Tras varios intercambios, y cuando le pedí que tuviéramos una conversación sin grabadoras, solo para conocerlo, me dio cita en el jardín botánico de la ciudad. “Veámonos allí. Con todo este encierro y las mascarillas podemos caminar y brindar al aire libre. Es la mejor época de Tiflis. La primavera es preciosa: no es el renacimiento de nada, sino la celebración del amor, de la idea del amor”.

De ojeras pronunciadas, estatura media, vestido con una camisa de leñador y unos jeans, Orijuela cumplió setenta y cinco años en 2021. Después de saludarnos se quedó mirando fijamente un espécimen.

**¿Prefiere que hablemos en francés o en español?**

... Lo imaginaba más viejo. Y pensé que usted era otro de esos vampiros que están buscando sangre en los escritores para publicar cosas que jamás han dicho. Uno de mis libros de cabecera es *Contra los periodistas* de Karl Krauss. Aunque los tiempos de Krauss eran otros. Tiempos en los que se podía hacer una revista unipersonal, como fue su caso. Ahora no se podría escribir un libro así.

**¿Por qué?**

Porque ya no hay periodistas. Ni medios respetables. Solo redes sociales. La gente morirá en lugares que jamás ha pisado. ¿Sabe el chiste de Bauman?

**No.**

Si toda tu vida la pasaste con tu amor líquido, tu tumba será un envase.

**Ya.**

Sé que no es gracioso. Pero tiene algo de razón. ¿Cuál es el lugar que ocuparán nuestros cuerpos en el futuro? ¿Estaremos encerrados desde que nacemos hasta que muramos viendo una pantalla? ¿Cómo imaginar el propio fin ante la imposibilidad de la experiencia con otros?

**Como el personaje de *Rabia y destreza*...**

Bueno, sí, o tal vez no, porque Antunes es un tipo que elige un destino. Nadie se lo impone. Hoy el nuevo fascismo nos impone encerrarnos y tener miedo de los otros. La misión ha sido concluida.

**¿Tiene sentido el arte en un mundo así?**

Depende lo que usted entienda por arte. Pero si nos atenemos a la idea clásica, creo que el arte comenzó a morir con la automatización del mundo. La idea del viaje sin movimiento de Virilio se hizo realidad. El arte es riqueza aun en el horror: es la posibilidad de imaginar y ensanchar la experiencia a través de las formas o del lenguaje. Eso ha dejado de existir. Hoy solo tenemos industria. Gente con ganas de ser alguien. La frase de Finkelstein se invirtió, y ahora prima la de Banksi. “En el futuro todos serán famosos por 15 minutos” ahora es “En el futuro todos serán anónimos por 15 minutos”.

**¿Cómo conoció a Nat Finkelstein?**

Bueno, imagino que lo pregunta por *El fin de la ruta de la seda*. Es cierto que Finkelstein se convirtió en un pequeño mercader y fumador de opio en estos territorios. Huía de un imperio que ya anunciaba cómo iba a tratar a cualquiera que osase no estar alineado con una sociedad racista. Apoyar a los Black Panthers le costó caro. Cuando leí la noticia de su huida me interesé en su historia.

Nos vimos en Petra. Ahora todo el mundo habla de la isla por el documental de Leonard Cohen. Leonard en ese entonces estaba realmente extraviado. Todos los que vivíamos allí lo estábamos. Nat estuvo una breve temporada. Tenía los nervios destrozados. Era un hombre paranoico.

**Pero es una novela que usted publicó mucho tiempo después...**

Sí, como casi todo lo que he escrito reposa largos años en mis cajones. No me fío de mí. Cuando ha pasado el tiempo, releo y quemo. Lo que se salva de la hoguera termina en mis libros, en especial, porque Johanna insiste.

**¿Johanna Bergman?**

Ella misma.

**¿Cómo es su relación con ella?**

Johanna era una chica muy joven, de una enorme cultura, gran lectora. Es una mente extraordinaria. Cuando la conocí yo solo había escrito *El árbol por las ramas*. Eran poemas que querían ser canciones. Precisamente escritas para Leonard. Pero entonces él regresó a Canadá. Yo envié el librito algo desconsolado a una amiga editora en Ámsterdam.

**¿Y entonces?**

Nunca dijo nada. Ante mi desconsuelo, Johanna, que para entonces era mesera en una pequeña Trattoria a la que íbamos casi cada noche, me vio ensimismado. Le conté la historia. Me pidió leer. Al día siguiente llegó emocionada.

Cuando regresó a Londres, al llegar el invierno, me escribió una larga carta. Lipton and Co. se interesaba por el libro. No querían intervenir. Me enviaron un cheque por 1000 libras. Una fortuna. Lo presentamos unos meses después en una pequeña librería de Brixton. Los Clash comenzaban entonces. Esa noche la terminamos en un concierto bastante extraño, pero esa es otra historia.

**¿Y entonces usted se convirtió en un escritor mencionado y conocido? El suplemento del Times dijo de usted: “si Whitman tiene algún heredero, ese honor lo comparte V.N. Orijuela”.**

Todas esas frases son estúpidas. No soy heredero de nadie. Ni siquiera me interesaba *Hojas de hierba* entonces. Si algún poeta ha influido en mi escritura, de una manera decisiva, ese es Edgar Lee Masters. Por eso le digo que los periodistas son calamitosos. Solo dicen mentiras. Como todos. Los culpables de la posverdad y todas esas memeces son los propios medios que impusieron a sus empleados inventar los hechos. Nada es tan nuevo como parece.

**¿Qué supuso su encuentro con Chris Marker?**

Vaya salto. Pero no pasa nada.

Yo había visto *La Jetée* y había quedado gratamente impresionado. Me interesó ese borramiento de los géneros. Esa idea de hacer ensayo en el cine. Nos hicimos amigos en Brest en donde yo pasaba una temporada. Fue a mediados de los setenta, cuando estrenó su filme sobre Chile. En ese momento me interesé por América Latina. Con Chris fuimos amigos muy cercanos. Supongo que es alguien que, como Imelda Cansó, se encargó de mi educación.

**¿En qué sentido?**

Chris era un hombre muy generoso. Me ponía libros en las manos, conversaba durante horas, veíamos decenas de películas. Un hombre con un vasto arsenal de cultura. Eso es lo que me interesa de la gente: no lo que saben sino cómo influye lo que saben en sus vidas, en su imaginación, en sus afectos.

**¿Fue definitiva la muerte de Imelda Cansó para escribir *Las playas azules*?**

La muerte de Imelda fue definitiva para toda una generación que no entendió que el fracaso de las sucesivas revoluciones, y los años por venir, hasta la caída del muro, y el desmembramiento de la Unión Soviética, tenían en su derrota la potencia de imaginar una esperanza basada en esa experiencia. Imelda lo había dicho en su libro *Revoluciones y entusiasmos* cuando criticó la actitud de la izquierda internacional al replegarse y abrazar una especie de nostalgia derrotada. El relato de lo

ocurrido quedó subsumido por el Gulag. Y nosotros habíamos tenido otras vidas. El problema era reivindicarlas. Eso lo ha desarrollado Enzo Traverso en un libro que recomiendo. Se llama *Melancolía de izquierda*. Es un bello título. Biliosos, solo somos biliosos.

**Pero en *Las playas azules* todos los integrantes del grupo terminan exiliados o muertos. Es como si la caída de Allende los hubiera puesto contra las cuerdas.**

Entiendo su referencia como una manera de seguir hablando de Marker y de una idea que han insistido los críticos en encasillar mi obra. No soy un escritor marxista, soy un marxista que escribe. Eso hace toda la diferencia. Chile fue una herida, sin duda. Como lo sería después la experiencia colombiana.

**¿Por qué llegó a Colombia?**

Mi primera vez en la horrible Bogotá fue para asistir a un congreso de brujería, en 1975. No es que me interesara mucho el tema, pero a través de Simón González, quien conocía a un amigo brasileño de Petra, llegamos allí con Clarice. Fue una experiencia espantosa.

**¿Puede hablar más de ello?**

No, la verdad es que no recuerdo sino unos enormes galpones en donde se celebró una especie de misa negra. Y decenas de chiflados allí. Sin embargo, en ese viaje conocí al profesor Álvaro Rojas. Un tipo excepcional. Experto en quiromanía y en la obra de Felisberto Hernández. Me capturó su visión del mundo. Pensé que algún día volvería a Colombia, aunque me pareciera detestable desde entonces.

**¿Por qué?**

Las personas de su país tienen una especie de superioridad moral. Un pudor que odio. No son naturales. Siempre están tratando de ocultar algo. Como si mintieran siempre. Se salvan pocos. Son personas muy clasistas, con demasiados prejuicios.

**¿Cómo era Clarice Lispector?**

Quisiera no contestar esa pregunta. Para conocer a un escritor hay que leerlo. Por eso no creo en las

entrevistas a escritores. Son una sarta de mentiras. No sirven para nada.

**En los años ochenta ocurre su consagración internacional con *El fin de la ruta de la seda*.**

La consagración de la primavera es la única consagración que vale la pena. *El fin de la ruta de la seda* es un libro que se escribió en los años setenta. Con el advenimiento del neoliberalismo y toda esa basura Thatcheriana y Reaganista muchos nos fuimos a nuestros cuarteles de invierno. Recordé esas viejas páginas sobre Finkelstein y su huida y sus padecimientos. Su vida en Nueva York, la Factory y después volverse un paria. Digamos que, como dijo alguien, Nat era un paradigma del hombre del siglo XX. Solo tuve que comenzar a escribir su historia. Y todo se precipitó. La literatura también cambió entonces. La actitud de preservar alguna memoria, de los libros con aura, se perdió para siempre. Comenzaron los negocios. Y claro, el capitalismo siempre necesita rebeldes que vender. Yo era uno de ellos.

**¿Le interesan sus libros?**

Jamás leo nada que haya escrito. No creo que sean particularmente valiosos. La literatura acabó. Me incluyo. Hoy se escribe para ocupar un lugar, para intentar ascender socialmente, para que personas como usted llenen páginas de revistas que nadie leerá pues no dicen nada que valga la pena. La literatura murió, nos dedicamos a bailar sobre su tumba.

**Vuelvo a Colombia. ¿Cómo conoció a Fernando Molano?**

Regresé a Colombia por invitación de Álvaro, que en el año 93 era profesor asociado de la Universidad Pedagógica Nacional. Habíamos mantenido contacto. Me ofreció un curso de verano –en un país sin estaciones–. Y entonces allí lo conocí. Era uno de los pocos colombianos que conozco que se reconocía por fuera de esa especie de arribismo constante que hay en su país.

**¿Cómo fue su relación con él?**

No fue gran cosa. Pero pasamos unos cuantos fines de semana leyendo poemas, pues yo dictaba un seminario sobre Lee Masters. Le gustaba mucho la forma que había elegido para componer *Spoon River*. Unos meses después me envió

una copia de *Un beso de Dick*, mecanografiada. Sin duda pienso que es una gran novela. Y no se le ha dado el lugar que se merece. Los escritores muertos son mucho mejores que los vivos. No le quepa duda. Y ahora debo irme. Espero que tenga un gran festival y que no termine quemado en la hoguera de las vanidades. Espero que en las cenas hablen de algo más interesante que de cuántos ejemplares han vendido. Espero que la literatura reviva: pero no será de la mano de estos señores anacrónicos y serviles. Los márgenes siempre ocuparán el centro. Y esa, tal vez, será la gran transformación. Buenas tardes. ■